

Abastecimiento, transformación y comercialización de las cáscaras de huevo de avestruz en la Península Ibérica e islas Baleares durante el I milenio a. C.

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ
Universidad Internacional de Valencia

RESUMEN

Estudiamos el comercio de las cáscaras de huevo de avestruz en la Península Ibérica e islas Baleares durante el I milenio a. C., examinando igualmente las fases previas de su abastecimiento y transformación, fruto de los contactos establecidos por los fenicios con la vertiente norteafricana pero que ya existían con anterioridad a su llegada. Para ello nos planteamos los posibles puntos de aprovisionamiento de este material exótico en el norte de África, así como algunos enclaves situados en la orilla opuesta en los que pudieron haberse trabajado estos materiales, junto con las zonas en las que fueron comercializadas, y que incluyen tanto yacimientos de origen colonial como otros de carácter indígena.

PALABRAS CLAVE: Cáscaras de huevo de avestruz, fenicios, indígenas, Península Ibérica, Islas Baleares, Norte de África, abastecimiento, transformación, comercio.

ABSTRACT

We study the trade of ostrich eggshell in the Iberian Peninsula and the Balearic Islands during the 1st millennium BC, also examining the previous stages of its supply and transformation, due to the contacts established by the Phoenicians with the North African shore, which already existed prior to their arrival. To do this, we consider the likely sources of supply for this exotic material in North Africa, as well as some sites located on the opposite shore in which these materials could have been transformed, together with the areas in which they were commercialized, including both colonial and indigenous sites.

KEY WORDS: Ostrich eggshell, phoenicians, indigenous, Iberian Peninsula, Balearic Islands, North Africa, supplies, transformation, trade.

INTRODUCCIÓN

La relación existente entre el ser humano y el avestruz (*Strutio camellus*) es muy antigua puesto que se remonta a los tempranos tiempos del Paleolítico, tratándose de una vinculación que siempre ha estado basada en el aprovechamiento de este animal, ya sea su carne, piel, grasa y huevos para la alimentación, bien usando sus plumas como adornos tal y como señala Plinio (*Nat. Hist.*, X, 1), o utilizando sus cáscaras como medicinas o para la confección de máscaras y recipientes (Astruc, 1951: 91-92; Savio, 2004: 25). Todo ello sin olvidar el marcado simbolismo religioso y funerario como elemento de carácter regenerador que se ha concedido a este material en muy diversas culturas mediterráneas como la griega, la etrusca, la romana o la fenicia (Blázquez Martínez, 1977: 75-86; Camps-Fabrer, 1994: 2095-2096).

Como es lógico, ello implicó un comercio de las mis-

mas al tratarse de un bien de lujo inexistente en algunas zonas, y es precisamente este último aspecto, el de la comercialización de estas cáscaras en la Península Ibérica e islas Baleares, el asunto que ahora nos interesa sin que como es lógico dejemos de lado aspectos tan destacados como pueden ser las fuentes de abastecimiento o los talleres donde se transformaron. De todo ello intentaremos establecer un estado actual de una investigación en la que en los últimos años se han producido notables avances que, no obstante, no impiden que todavía existan aspectos mal conocidos.

En el caso concreto de la Península Ibérica, y sin ánimo de ser exhaustivos, cabe recordar su aparición desde momentos muy antiguos que se remontan al Neolítico Final y la Edad del Cobre, como evidencia su presencia en las islas Chafarinas, la cueva de la Carigüela o en fortines y sepulturas de Los Millares (Mederos Martín, 1994: 146-147; Aragón *et alii*, 2006: 90). Además, tampoco resulta extraño

hallar en el ámbito peninsular recipientes cerámicos que imitan este producto y que perduran hasta el siglo III a. C. (San Nicolás Pedraz, 1975: 76).

Sin embargo, su frecuencia de aparición en estas fechas prehistóricas no es muy elevada, por lo que cabe admitir que la llegada de los fenicios a comienzos del I milenio a. C. supuso un revulsivo muy importante para este comercio con la introducción de nuevas técnicas y decoraciones traídas directamente del Próximo Oriente, hasta el punto de que esta franja del Mediterráneo resulta ser mucho más pródiga en este tipo de hallazgos que las restantes zonas donde se instalaron estos colonizadores orientales. Obviamente esta cultura oriental contaba con una amplia tradición en el trabajo de estas cáscaras pues podemos comentar su presencia en sepulturas ugaríticas (Caubet, 1992: 329), sin olvidar en modo alguno el célebre pecio de Ulu Burun, datado a finales del siglo XIV a. C. y cuyo puerto de origen parece que fue Ugarit, en cuyo cargamento, que se ha considerado fue un intercambio entre casas reales, se hallaron tres huevos de avestruz junto a cuentas de collar que fueron elaboradas con este mismo material (Gestoso Singer, 2007: 28).

EL ABASTECIMIENTO

Como es bien sabido, el avestruz era un animal propio de algunas zonas de Siria, Egipto y el Magreb antes de su extinción (Caubet, 1992: 329), si bien cuando nos referimos al Mediterráneo occidental hemos de buscar sus fuentes de abastecimiento exclusivamente en esta última área, donde todo indica que durante el I milenio a. C. fueron los fenicios quienes las comercializaban a partir de una serie de puntos en los que obtenían dichas cáscaras. Estas presentan una clara diferencia en sus superficies en virtud de su zona de procedencia, puesto que las provenientes del



Fig. 1: Cáscara de huevo de avestruz de la necrópolis de Ain Dalhia Kebira (Fuente: Ponsich).

área sahariana son totalmente lisas en tanto las de origen ecuatorial presentan unas rugosidades (Le Meaux, 2013: 87).

Ciertamente, y aunque sin ser excesivamente abundantes, encontramos este tipo de materiales en necrópolis indígenas norteafricanas de la región tangerina como vemos en Ain Dalhia Kebira o Djebila (Fig. 1), así como en algunos enterramientos fenicios, casos de la tumba de Cabo Espartel o la necrópolis de Rachgoun (Ponsich, 1967: 30, 47-49 y 142-143; Pisano, 2002: 393; Savio, 2004: 42-43). Del mismo modo, en el asentamiento colonial de Lixus se han hallado algunos fragmentos en niveles fenicios y púnico-mauritanos (Caruana Clemente, Izquierdo Perale, 2001: 240; Albelda *et alii*, 2010: 147), al que podemos sumar el de Rusadir donde se recogieron en una edificación que se ha sugerido pudo servir como almacén, si bien en esta ocasión con una fecha muy cercana al cambio de era (Aragón *et alii*, 2006: 89-90; Aragón Gómez, Fernández Uriel, 2008: 592).

Uno de estos puntos de abastecimiento en la costa africana, quizás el más meridional de todos, podría ser la isla de Mogador en cuyos niveles inferiores que cabe datar en el siglo VII a. C. se han encontrado fragmentos de cáscaras, sin olvidar tampoco su posible relación con Cerné donde, según el texto del Pseudo-Escílax fechable entre los años 338 y 335 a. C., los fenicios se trasladaban a tierra para comerciar con los etíopes de quienes obtenían marfiles, pieles y otras materias primas entre las que podemos suponer se hallaría la que ahora nos ocupa (López Pardo, Mederos Martín, 2008: 270-272). Además, recientes descubrimientos sugieren también que la antigua Rusadir pudo haber jugado un importante papel al menos en épocas ya tardías, como hemos indicado más arriba, al descubrirse en un vertedero relacionado con un edificio de gran tamaño dedicado a actividades mercantiles numerosos fragmentos datables en el siglo I a. C., aun cuando por desgracia sus excavadores no los cuantifican (Aragón *et alii*, 2006: 90-91; Aragón Gómez, Fernández Uriel, 2008: 592). En este sentido tampoco cabe descartar en modo alguno Gouraya, cuyos descubrimientos se dataron en un primer momento entre los siglos III-II a. C., si bien en la actualidad se tiende a ampliar esta datación desde el siglo VII al II a. C. y que tuvo una vinculación muy importante con Villaricos (Moscati, 1988: 508; Savio, 2004: 39-40). Así pues, y aunque es bastante probable que su número real fuese mayor, hasta el momento tenemos indicios de tres de los lugares en los que los artesanos fenicios pudieron haberse abastecido, tanto en la costa atlántica como en la mediterránea, pues los restos hallados en Lixus no permiten por el momento propugnar la existencia en este lugar de otro punto de abastecimiento, aun cuando no creemos que sea en modo alguno descartable, máxime si tenemos en consideración la notable importancia que tuvo esta ciudad, y sin que debamos olvidar que algunos autores han sugerido que la fuente de abastecimiento de la isla de Ibiza sería el área cartaginesa (Astruc, 1950: 58).

Las poblaciones autóctonas asentadas en el norte de África conseguirían esta materia prima en bruto, siendo ellas posiblemente las que las transportarían hasta los enclaves fenicios en esta zona. Desde estos lugares estas cáscaras llegaron hasta la Península Ibérica e islas Baleares, como es lógico, por vía marítima. Sobre la forma en

la que fueron transportadas se ha apuntado que debieron ir suspendidas con hilos, sobre todo si tenemos en cuenta que ejemplares provenientes de Cerro de San Cristóbal y Villaricos presentan unos pequeños orificios que habrían servido para tal fin (San Nicolás Pedraz, 1975: 93). Ciertamente de ello quedan muy pocas evidencias, si bien en el pecio de Bajo de la Campana, que se ha datado en las últimas décadas del siglo VII a. C., se han hallado varios fragmentos de estas cáscaras junto con un soporte de marfil destinado a su sustentación, así como un disco de color azul que parece haber tenido esta misma finalidad (Polzer, Pinero Reyes, 2011: 11-12; Polzer, 2014: 237). Además, pudo documentarse, según indica L. Siret (1936: 458), cómo en Villaricos algún ejemplar mostraba en su superficie inferior signos de haber estado en contacto con un soporte hecho con esparto, así como que alguna cáscara contenía restos de grano (Astruc, 1951: 50; Ruiz Cabrero, 2004: 116). Del mismo modo, en lo concerniente a Puig des Molins se ha apuntado que pudieron haberse usado como soportes los pequeños píxides cerámicos allí descubiertos (Mañá de Angulo, 1947: 47). En consecuencia, los indispensables soportes que permitían sustentar verticalmente estas cáscaras debieron de ser fabricados con materiales muy variados, entre los que podemos mencionar el marfil, el vidrio, la cerámica o elementos perecederos como el esparto, y al que quizás también podamos sumar la madera aunque todavía no se han documentado restos de ellas que se puedan vincular con esta actividad.

LA TRANSFORMACIÓN

Se ha planteado que estas cáscaras habrían sido importadas del continente africano sin trabajar, siendo posteriormente elaboradas en los distintos talleres (Astruc, 1950: 58). Como han podido demostrar los estudios realizados, su manipulación precisa de una técnica muy particular y especializada. Desde el punto de vista de la ejecución material de estos vasos cabe advertir la presencia de dos técnicas diferentes gracias sobre todo al examen de los ejemplares hallados en el poblado de La Fonteta. Una de ellas consiste en la aplicación de una pintura adhesiva de color rojizo dispuesta a veces sobre una superficie que había sido previamente tratada, en tanto la otra consiste en la realización de zonas en reserva mediante el probable uso de ácidos como el vinagre (Le Meaux, 2013: 90; Guirguis, Pla Orquín, 2014: 770). En todo caso se trata de un proceso sumamente complejo del que desconocemos todavía multitud de aspectos como, por ejemplo, cuáles fueron las sustancias que emplearon los artesanos como abrasivo, o los distintos instrumentos que los operarios utilizaban en estas labores, todo ello debido en parte al hecho de que por desgracia todavía no se ha logrado documentar arqueológicamente ninguno de los espacios físicos en los que se llevaron a cabo estas actividades, de manera que no sabemos si fueron trabajadas en el interior de las viviendas o en otro tipo de instalaciones como los templos donde sabemos se llevaban a cabo actividades productivas.

Ciertamente es preciso reconocer que hasta la fecha se han documentado con certeza muy pocos talleres en los que pudieran haberse trabajado estas cáscaras, tanto si nos referimos a contextos coloniales como indígenas. Aun así, no cabe duda que es Villaricos el centro que más se ha señalado en este sentido al haber proporcionado

cerca de 800 ejemplares, hasta el punto de considerarse que en este lugar pudo existir una auténtica escuela que fabricó estas piezas durante varios siglos (Astruc, 1957: 59-60, Moscati, 1988: 58-66; García Alfonso *et alii*, 1999: 62). Incluso se ha sugerido que desde este centro productor saldrían cáscaras decoradas hacia Gouraya (Le Meaux, 2013: 87), aun cuando algunos autores matizan esta idea al considerar que no todas llegarían al territorio almeriense sin decorar (García Alfonso *et alii*, 1999: 63). Así mismo, se ha planteado que otro de estos centros artesanales pudo haber estado instalado en Cádiz (Oliva Alonso, Puya García de Leániz, 1982: 98-99), aunque en esta ocasión debemos reconocer que son muy escasas las cáscaras de avestruz que proceden de este lugar por lo que será necesario que nuevos hallazgos confirmen dicha hipótesis.

Tampoco cabría descartar el caso de la capital onubense, puesto que en dicha ciudad se documentaron restos de cáscaras en niveles que cabe situar a finales del siglo IX a. C., sobre todo si recordamos que aparecieron junto a otros materiales (marfil, madera, asta, hueso...) que sin duda fueron trabajados localmente (González de Canales *et alii*, 2004: 170-171). Así mismo, se ha defendido la presencia de otro taller en Toscanos, si bien con muy escaso apoyo empírico que pueda sustentarlo (Ruiz Cabrero, 2004: 113), además de la ciudad de Ibiza (Moscati, 1996: 64). En cambio, con toda seguridad otro de estos talleres se localizó en el hábitat de La Fonteta donde se recogieron más de un millar de fragmentos que cabe datar entre los siglos VIII-VI a. C., muchos de los cuales fueron expuestos a una fuente de calor aunque algunos no parecen pertenecer a huevos de avestruz (Guirguis, Pla Orquín, 2014: 750).

Como cabe advertir todos estos puntos se sitúan en la franja litoral de la vertiente septentrional del Estrecho de Gibraltar, y sin que hasta el momento tengamos indicio alguno que nos permita siquiera inferir la existencia de talleres de este tipo en el interior. Esta circunstancia quizás se deba a la fragilidad propia de estas cáscaras, tratándose casi todos ellos de establecimientos de origen colonial salvo en el caso onubense, circunstancia que en modo alguno

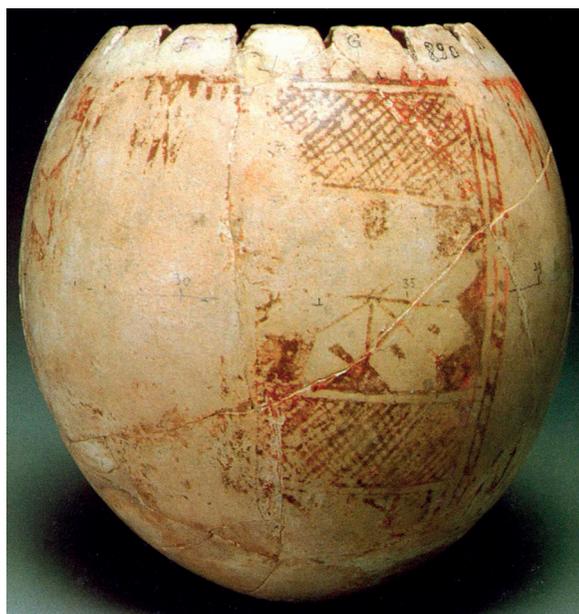


Fig. 2: Cáscara dentada de Villaricos (Fuente: Savio).

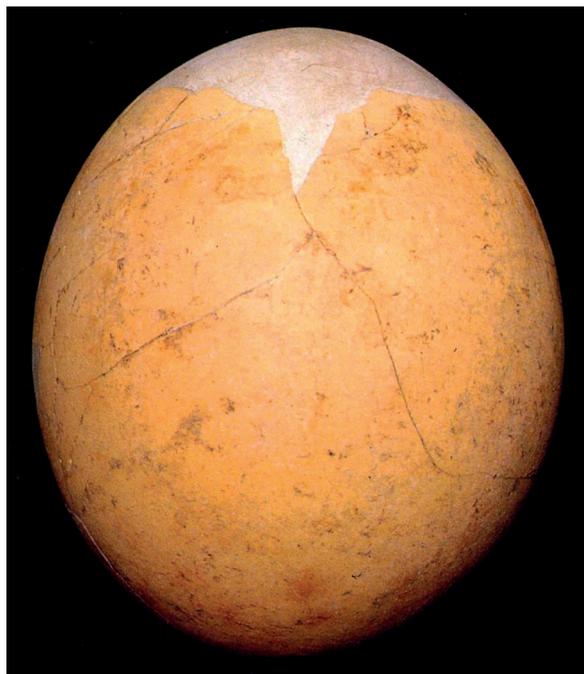


Fig. 3: Cáscara de Jardín (Fuente: Martín).

tampoco excluiría la presencia de artesanos fenicios en dicho asentamiento.

Estas cáscaras aparecen completas con una perforación en uno de sus extremos, como vemos en Jardín (Fig. 2) o Villaricos, o cortadas a dos tercios de su altura para conformar un recipiente en el que uno sus laterales ofrece una forma lisa, biselada o dentada, casos de Cerro de San Cristóbal (Fig. 3), Acebuchal o Villaricos, en plena consonancia con lo que se observa en los yacimientos ubicados en el área norteafricana a occidente de Cartago (Pisano, 2002: 394). Sin duda alguna las más abundantes son las que carecen de cualquier tipo de ornato que suelen estar enteras, como acontece con las que muestran una simple perforación para poder extraer el contenido siguiendo una tónica que resulta habitual en la mayor parte del Mediterráneo (Astruc, 1950: 59; 1951: 123; San Nicolás Pedraz, 1975: 92; Moscati, 1996: 58).

Del mismo modo hemos de hacer mención a las copas o cuencos que siempre presentan sus bordes lisos con un orificio en su base en el caso ibicenco que impide su uso como tales y no sabemos si pudo servir para insertar algún soporte, si bien este territorio insular resulta ser el único del Mediterráneo occidental donde aparecen y sin que conozcamos ningún ejemplo de las máscaras recortadas que tanto proliferan en Cartago (Mañá de Angulo, 1947: 53; Astruc, 1961: 123; Almagro Gorbea, 1984: 30; Savio, 2004: 50-52). Este hecho no excluye que la aparición en alguna sepultura de Villaricos de pequeños fragmentos recortados y pulidos sin decoración haya hecho plantearse su posible papel como elementos decorativos de otros objetos, tal vez muebles (González Blanco *et alii*, 2001-2002: 541).

Hablando ya de las que nos ofrecen sus superficies decoradas cabe indicar que la mayor parte de ellas fueron pintadas con un color rojo, tal vez a causa del uso de cinabrio (Fernández, 1992: 145), el cual posee un marcado simbolismo religioso, así como, en menor medida, amarillo, azul y negro. Pueden mostrar diversos motivos que

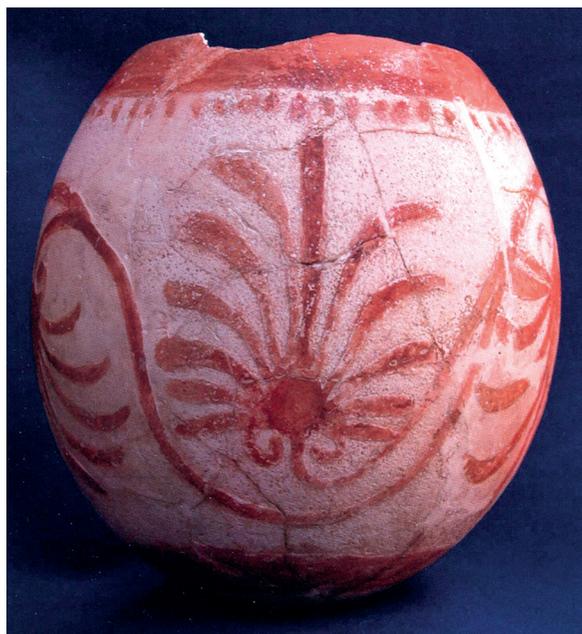


Fig. 4: Motivos geométricos en una cáscara de Puig des Molins (Fuente: Savio).

se distribuyen por franjas verticales, ya sean éstos mayoritariamente geométricos (Fig. 4) como sucede con los rombos, triángulos, trenzados, líneas paralelas, dientes de sierra, palmetas, rectángulos y rosetas, o vegetales que incluyen las flores de loto (San Nicolás Pedraz, 1975: 51-53). Así mismo, pudo constatarse ocasionalmente algún animal real, caso de las aves, los peces y los ciervos (Herrera González, 1977: 49-54), o incluso mitológico como pueden ser la esfinge y la gorgona (Fig. 5), además de símbolos como el ojo de Horus o una media luna con círculo y un motivo "tectiforme rectangular" que se han relacionado con la diosa Tanit (Mañá de Angulo, 1947: 48; Moscati, 1988: 522).

Del mismo modo, la conjunción en una misma cáscara de elementos como rosetas, flores, peces, aves y cérvidos se ha vinculado con otra diosa como es Astarté (Herrera González, 1977: 51-56). A ellos hemos de añadir la representación de dos imágenes de gorgonas y una esfinge, tratándose de unos elementos iconográficos de marcado simbolismo funerario y religioso (Mañá de Angulo, 1947: 52; Costa, Fernández, 2003: 199-202; Pisano, 2006: 237; Savio, 2004: 66-67), por lo que todo indica que presentan un fuerte carácter religioso que excede al meramente ornamental.

En este sentido no deja de resultar interesante comprobar cómo las decoraciones más bellas y complicadas que requieren un mayor tratamiento técnico pertenecen a los momentos más antiguos, siendo así que, con excepción de algún ejemplar, incluso las cáscaras que podemos situar a partir del siglo III a. C. suelen carecer de decoración como acontece en Puente de Noy y Villaricos (Astruc, 1950: 58 y 61). Esta circunstancia marca un punto de diferencia con Ibiza puesto que todas las aquí halladas muestran evidencias de haber estado decoradas (Mañá de Angulo, 1947: 48), excepción hecha de los fragmentos documentados en el poblado de Sa Caleta (Ramón Torres, 2007: 125). Un dato a tener en cuenta es que algunas cáscaras de Villaricos y Puig des Molins fueron repintadas (San Nicolás

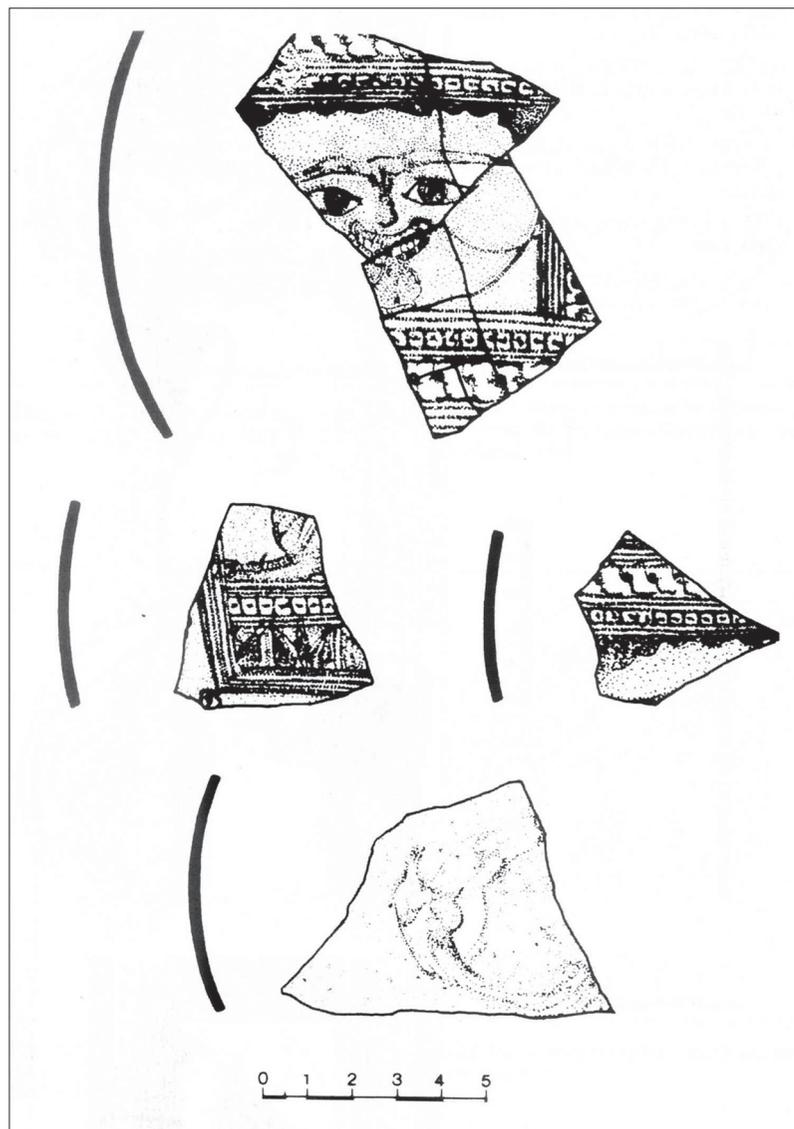


Fig. 5: Fragmentos de cáscaras con rostro de Gorgona de Puig des Molins (Fuente: Costa, Fernández).

Pedraz, 1975: 93; Savio, 2004: 54 y 77), lo que demuestra el interés que sentía sus propietarios por ellas. Algunos de estos motivos han sido puestos en relación con los que se plasmaron en otros materiales, como pueden ser los marfiles y las cerámicas denominadas "tipo Carambolo" de decoraciones geométricas (Pisano, 2002: 394).

Ello no excluye que en alguna ocasión, y de forma muy excepcional, estas cáscaras puedan grabarse según reflejan los descubrimientos efectuados en el hipogeo núm. 55 de Puig des Molins, donde se han encontrado fragmentos de una pieza que ha sido datada en el siglo V a. C. y cuya superficie fue rebajada mediante el uso de ácidos y un posterior pulido (Costa, Fernández, 2003: 199-202; Pisano, 2006: 237; Savio, 2004: 66-67).

En cuanto a la cronología que cabe asignar a estas cáscaras debemos señalar que el hallazgo más antiguo de los documentados en el Mediterráneo occidental habría que situarlo hacia finales del siglo IX a. C. si tenemos en consideración el ejemplo onubense, aun cuando es cierto que todavía no se han encontrado en otros yacimientos ejemplares con cronologías tan elevadas, de manera que la ma-

yor parte de ellas aparecen en contextos de los siglos VII-III a. C. Aun cuando se ha indicado que la presencia romana significó la total desaparición de estas cáscaras, hecho en lo que se mostraría coincidente con lo apreciado en Cartago donde dejan de aparecer hacia finales del siglo II a. C. (Mañá de Angulo, 1947: 46; Astruc, 1951: 101-102; Moscati, 1988: 508; García Alfonso *et alii*, 1999: 61), lo cierto es que cabe hacer algunas matizaciones puesto que durante los siglos II-I a. C. aún podemos encontrar algunas en Villaricos, Abdera y Puente de Noy, sin olvidar que también se localizan en Rusadir en niveles del siglo I a. C. (Oliva Alonso, Puya García de Leániz, 1982: 96; Molina Fajardo, Bannour, 1997: 257; Aragón *et alii*, 2006: 89-90).

Además, esta costumbre de depositar huevos en los enterramientos no llegó a desaparecer por completo, ya que las cáscaras de avestruz fueron sustituidas por las de gallina en tumbas de comienzos del Alto Imperio que, aunque escasas en número, vemos en puntos como Cádiz, donde se ha sugerido debió enterrarse un personaje de alto rango, Málaga y Villaricos (Corzo Sánchez, 1992: 277; Martín Ruiz, Pérez-Malumbres Landa, 2002: 94; Almagro Gorbea, 1991: 121-122).

EL COMERCIO

Estas cáscaras aparecen tanto en yacimientos fenicios como en otros tartésicos e ibéricos. Aunque en un primer momento se consideró que estos objetos se hallaban en el ámbito fenicio exclusivamente en necrópolis (Mañá de Angulo, 1947: 46), hoy sabemos que

también se documentan en asentamientos como evidencian los localizados en Castillo de Doña Blanca, Cerro del Villar, Málaga, Toscanos, Cerro de Alarcón, Morro de Mezquitilla, Cerro de Montecristo, Lixus y Rusadir (Gran Aymench, 1991: 77; Savio, 2004: 70; Aragón *et alii*, 2006: 90-91; Pérez-Malumbres Landa, 2012: 372; Aragón Gómez, Fernández Uriel, 2008: 592; Caruana Clemente, Izquierdo Perale, 2001: 240; Albelda *et alii*, 2010: 147).

En cuanto a las áreas de enterramiento coloniales podemos hacer mención a los casos de Cádiz, la tumba 26 de la zona B de Puente de Noy (Molina Fajardo *et alii*, 1982: 196-197), las tumbas 10 y 19A de Cerro de San Cristóbal -Fig. 6- (Pellicer Catalán, 1963: 60-61; 2007: 65-67) y un elevado número de tumbas de Villaricos como las núms. 284, 441, 458, 817, 824, 826, 828 y 1051 del grupo A, 619, 820 y 890 del grupo B, 88, 98, 100, 419, 428, 473, 478, 482, 483, 500, 505, 591, 602, 609, 623, 629, 636, 652, 684, 707, 723, 780, 813, 835, 899, 976, 1005 y 1007 del grupo C, sin duda alguna el más numeroso, 699 y 832 del grupo D y las tumbas 22 y 23 del grupo D, junto con los hipogeos 2, 3, 4, 5 y 223 (Rodero *et alii*, 1996: 381; Savio, 2004: 73-90).

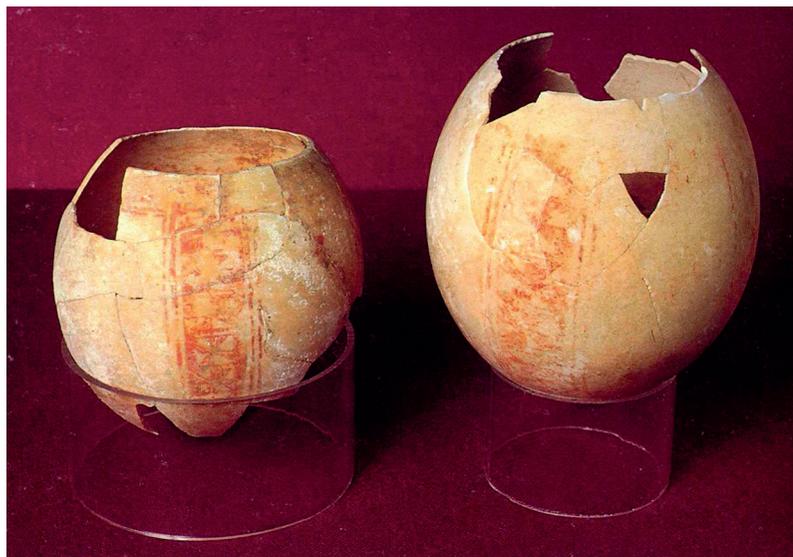


Fig. 6: Cáscaras de Cerro de San Cristóbal (Fuente: Martín).

A ellas podemos añadir las ibicencas de Puig des Molins, concretamente el hipogeo 14 de la campaña de 1922, los hipogeos 3 y 6 de la efectuada en 1923, así como algunas sepulturas desconocidas excavadas en las campañas de 1924 y 1928, junto con la tumba 48 del siglo IV a. C. excavada en el año 2006, y un enterramiento localizado en el pozo núm 7, sin que dejemos de hacer mención a las necrópolis rurales de Can Pere Catalá de inicios del siglo IV a. C. y San José (Pérez Cabrero, 1913: 10; Vives i Escudero, 1917: 88; San Nicolás Pedraz, 1975: 97; Fernández, 1992: 146; Mezquida Ortiz, 2016: 726 y 842). A estas necrópolis podemos sumar la de Jardín (Schubart, Maass-Lindemann, 1995: 143-145), sin que olvidemos comentar la necrópolis de población mixta de la isla de Rachgoun (Vuillemot, 1955: 37-49).

En cuanto al lugar que dichos objetos ocupaban dentro de estas sepulturas, que se hallan tanto en inhumaciones como en incineraciones, pocos datos tenemos puesto que solamente sabemos que en Acebuchal se situaban entre los cráneos (Bonsor, 1899: 26), en tanto en el caso de Jardín pudo apreciarse que estaban colocados en la cabecera (Schubart, Maass-Lindemann, 1995: 143-144), en la tumba 48 de Puig des Molins en el lado derecho del difunto (Mezquita Orti, 2016: 745) y en Villaricos fueron depositados junto a una lucerna o un ánfora (Astruc, 1951: 20), siendo interesante reseñar que, aun cuando algunos autores han apuntado que estas sepulturas son siempre de adultos (Ruiz Cabrero, 2004: 117), al menos en el caso ibicenco se han hallado también en tumbas infantiles (Mezquita Orti, 2016: 841). Aun cuando no siempre resulta factible precisar el estatus social al que pertenecían las personas enterradas en estas sepulturas, no cabe duda que las tumbas de Cerro de San Cristóbal pertenecen a individuos de alto rango en el seno de la sociedad fenicia. Algo similar acontece con la sepultura 18 de La Joya y el túmulo G de Acebuchal, hasta el punto de haber sido ambas calificadas como "principescas" (Martín Ruiz, 1996: 10-11).

Un hecho interesante respecto a los yacimientos de Jardín y El Boliche, y pertenecientes por tanto a ámbitos culturales distintos, es que mientras que en algunas tum-

bas fueron colocadas cáscaras completas (T 12, 34 y 70 de Jardín y T1 de El Boliche), en otras (T 4, 31, 41, 48, 49, 55, 66, 83, 88, 95, 96 y 99 de Jardín y la T 47 de la necrópolis almeriense) se dispuso tan solo un fragmento en lo que se ha interpretado como "la parte por el todo", de tal forma que su significación ritual y simbólica es la misma con independencia del tamaño que tengan estas cáscaras (Schubart, Maass-Lindemann, 1995: 143-146), circunstancia que también podría hablarnos de la relativa escasez que había de estos materiales exóticos.

También se han hallado en lugares de culto público como serían los santuarios fenicios de El Carambolo o Coria (Mata Carriazo, 1975: 215; Conde Escribano *et alii*, 2005: 80), estos dos últimos insertos en poblaciones autóctonas, además de los de Isla Plana y la cueva de Es Cuiram en Ibiza (Mañá de Angulo, 1947: 47-48; Savio, 2004: 69). Pero incluso están presentes en cultos privados como sucede en el caso de la estancia núm. 7 de la vivienda 2 del Cerro del Villar datable en el siglo VII a. C., como viene a poner de manifiesto la cáscara completa aquí hallada con restos de ocre en su interior (Delgado *et alii*, 2013: 342; García Alfonso, 2011: 256).

Si nos referimos a los yacimientos de carácter indígena en que aparecen podemos constatar cómo, salvo el caso de Huelva donde probablemente se instaló un taller, Castro Marim y Almizaraque (Savio, 2004: 71; Davis, 2007: 6-7), la mayor parte de los mismos fueron descubiertas en zonas de enterramiento. Ello es perceptible en las necrópolis tartésicas como sucede en la tumba 18 de La Joya, la tumba 1 de Cruz del Negro (Bonsor, 1899: 78; Oliva Alonso, Puya García de Leániz, 1982: 102-104), la sepultura 18 de La Joya (Garrido Roiz, Orta García, 1978: 131 y 186), el túmulo G de Acebuchal (Oliva Alonso, Puya García de Leániz, 1982: 99-102), y el túmulo 1 de Santa Lucía (Bonsor, 1899: 50), así como en Cortijo de las Sombras, Santa Marina, El Judío, La Harinera, Herrerías y las tumbas 1 y 47 de El Boliche (Astruc, 1951: 162; Osuna Ruiz, Remesal Rodríguez, 1981: 404; Oliver Foix, 1996: 289). Incluso podemos hallarlas en poblados y cementerios ibéricos de épocas posteriores, según podemos comprobar en un depósito ritual de carácter fundacional que ha sido datado hacia el 370 a. C. localizado en Iliberri (Adroher Aurox *et alii*, 2015: 40 y 43), la estancia III L2 de El Oral de San Fulgencio donde se datan en la primera mitad del siglo V a. C., Les Casetes y La Albufereta (Oliver Foix, 1996: 287; Savio, 2004: 71; García Gandía, 2009: 50-52, 55-57 y 142-144).

Una circunstancia de interés es que su distribución geográfica no se adentra hacia el interior según sucede, por ejemplo, con otras importaciones también vinculadas con el comercio fenicio como son los marfiles (Martín Ruiz, 2011: 98-104), al igual que vimos que sucedía con los talleres en las que fueron fabricadas puesto que su hallazgo parece quedar restringido a una franja no muy alejada de la costa, sobre todo en Andalucía y el levante peninsular junto con Ibiza, algo que, tal vez, debamos achacar a la mayor

fragilidad de estas cáscaras, y sin que por el momento se hayan localizado hallazgos de este tipo en la fachada atlántica portuguesa excepto el caso de Castro Marin.

Se ha hablado del papel que estas cáscaras y los huevos en general habrían jugado en el horizonte ideológico de estas comunidades, particularmente la fenicia, al aparecer sus interiores recubiertos de ocre, sustancia de marcado carácter regenerador. En realidad este hecho no debe resultarnos en absoluto extraño si recordamos que para dicha sociedad, al igual que para otras muchas del Mediterráneo, el huevo era un importante elemento de su cosmogonía como principio de vida (Moscati, 1988: 508; Ruiz Cabrero, 2004: 111-112), tal y como expone en su obra *Filón de Biblos* transmitido por Damascio (125c, Olmo Lete, 1996: 159). Ciertamente este carácter simbólico se ve reforzado por la aparición en el interior de varios ejemplares de la necrópolis de Villaricos de huesos de gallos, sobre todo en cáscaras pintadas puesto que este animal es considerado en la actualidad como una representación del espíritu del individuo entre los fenicios (Ruiz Cabrero, 2004: 115-116).

Aunque este comercio cabe enmarcarlo dentro de los parámetros generales del denominado Círculo del Estrecho donde el control ejercido por los cartagineses fue muy limitado, cabe apreciar cómo en el caso de la isla de Ibiza estas cáscaras no aparecen antes de mediados del siglo VI a. C., situándose la mayor parte de ellas a partir del V a. C. Esta circunstancia hace que, en esta zona en concreto, muy probablemente debamos relacionarlas con el comercio ejercido por la metrópoli norteafricana, puesto que desde esa centuria la isla se aleja de la esfera peninsular para acercarse a la cartaginesa (López Castro, 1991: 90-98), habiéndose sugerido que éstas fueron importadas directamente desde este centro productor (Astruc, 1950: 61-63). Aun así, conviene tener presente que desde un punto de vista tipológico aparecen las mismas formas que en el resto de la Península Ibérica, pues vemos vasos cortados y copas pero no fragmentos recortados con máscaras como acontece en Cartago, por lo que esta relevancia absoluta de lo cartaginés quizás debería comenzar a matizarse. En cambio, un hecho diferenciador sería la hasta ahora escasez de ejemplares carentes de decoración en este ámbito insular, donde creemos que la ciudad de Ibiza actuaría como centro redistribuidor de este producto a los distintos asentamientos rurales que vemos repartidos por la isla.

CONCLUSIONES

Como es lógico el abastecimiento de estas cáscaras de huevo de avestruz se conseguía en el continente africano cruzando el Estrecho de Gibraltar, para lo que como hemos podido observar existen varios enclaves en los que podrían haber sido adquiridos como Mogador, Gouraya, Lixus o Rusadir, si bien en el caso ibicenco la investigación considera que el abastecimiento se produjo a través de Cartago pues no se datan antes el siglo VI a. C., fecha en la que la isla se inserta en el área cartaginesa. Aunque el origen del comercio de estos exóticos materiales se remonta a fechas anteriores a la llegada de los fenicios, lo cierto es que su venida a estas costas vendrá a suponer su auge durante la primera mitad del I milenio a. C.

Como pudimos advertir, la importación de estas cáscaras de huevo de avestruz se produjo entre los siglos IX a I a. C., quedando este comercio restringido en un primer

momento a yacimientos situados en ambas vertientes del Círculo del Estrecho y la costa levantina, todos ellos próximos a la franja costera o cerca de lo que antaño fue costa debido muy posiblemente a su fragilidad que dificulta su traslado. A partir del siglo VI a. C. alcanzan la isla de Ibiza, aunque desde el siglo III a. C. se advierte una reducción de su número en la Península Ibérica con una producción que aún continúa tras la conquista romana, si bien en fechas más tardías que las apreciadas en Cartago puesto que aquí alcanzan hasta la primera centuria antes del cambio de era. En consecuencia, abarcan casi todo el milenio hasta que van siendo sustituidas por las de gallina aunque en menor cantidad, siendo notorio que las decoraciones más ricas y complejas fueron elaboradas en las fases más antiguas.

Hasta el presente podemos asegurar que con seguridad existieron talleres dedicados a esta actividad en Villaricos y La Fonteta, siendo bastante probable que también los hubiese en Huelva e Ibiza a la espera, no obstante, de mayores evidencias empíricas, pero sin que en cambio por el momento tengamos evidencias fiables en los casos de Cádiz y Toscanos. En consecuencia, todos ellos resultan ser de origen colonial salvo Huelva, y aun así se trata de un enclave en el que la investigación actual considera bastante probable la presencia de individuos de esta procedencia foránea.

Estas cáscaras tenían un marcado carácter simbólico como elemento regenerador de la vida, el cual se ve reforzado por el color rojo con que se decoraron que también está cargado de simbolismo al igual que los motivos religiosos que muestran. Todo ello explica su aparición en necrópolis, santuarios públicos y lugares de culto privado, aunque no podemos descartar que también se utilizaran como elementos ornamentales como partes de muebles, si bien en un volumen bastante escaso. Del mismo modo, tampoco hemos de excluir su papel como bienes de prestigio, sobre todo en el ámbito indígena donde mayoritariamente se destinaron a ser depositadas en sus sepulturas.

Así pues, este sucinto examen de estas cáscaras de huevos de avestruz comercializadas por los fenicios a lo largo del I milenio a. C. nos permite comprobar cómo los estudios se han centrado sobre todo en los aspectos formales, decorativos y simbólicos, debido en buena medida a la escasez de hallazgos que podamos vincular con ellos, en particular los talleres en los que fueron elaborados. En todo caso, no cabe duda que se trata de un elemento singular y muy destacado de la cultura material que encontramos en el registro arqueológico de época protohistórica.

BIBLIOGRAFÍA

- ADROHER AUROUX, A. M., SÁNCHEZ MORENO, A., TORRE CASTELLANO, I. (2015): "Cuantificación en cerámica, ¿ejercicio especulativo o ejercicio hipotético?. Las cerámicas ibéricas y púnicas en la Iliberrí del siglo IV a. C. procedentes del depósito de la calle Zacatín (Granada);" *Archivo Español de Arqueología*, 88, pp. 39-65.
- ALBELDA, V., ARANEGUI, C., FUMADÓ, I., GRAU, E., HASSIM, H., IBORRA, M. P., PÉREZ, G., VIZCAÍNO A. (2010): "La época mauritana;" en *Lixus-3. Área suroeste del sector monumental (Cámaras Montalbán) 2005-2009*, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 127-150.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1984): *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-76*, Ministerio de Cultura, Madrid.

- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1991): "La alimentación en la antigua Baria en época romana y prerromana," en **Alimenta. Estudios en Homenaje al Dr. Michel Ponsich**, Madrid, pp. 119-128.
- ARAGÓN, M., LECHADO, M. C., SÁNCHEZ, P. J., CUMPIÁN, A. (2006): "Aportación al conocimiento de la ciudad púnico-rusaditana. Excavaciones en los Jardines del Gobernador. IV fase. (Melilla)," **Akros**, 6, pp. 107-118.
- ARAGÓN GÓMEZ, M., FERNÁNDEZ URIEL, P. (2008): "Economía de Rusaddir (Melilla) a través de los últimos hallazgos arqueológicos," en **L'Africa romana. Le ricchezze dell'Africa. Risorse, produzioni, scambi**, Carocci editore, Roma, vol. I, pp. 571-594.
- ASTRUC, M. (1950): "Sobre un elemento poco conocido de los ajuares funerarios púnicos," **Cuadernos de Historia Primitiva**, 5, pp. 57-67.
- ASTRUC, M. (1951): **La necrópolis de Villaricos**, Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- ASTRUC, M. (1957): "Exotisme et localisme. Étude sur les coquilles d'oeufs d'autruche décorées d'Ibiza," **Archivo de Prehistoria Levantina**, 6, pp. 57-67.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1977): **Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas**, Ediciones Cristiandad, Madrid.
- BONSOR, G. (1899): "Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Bétis," **Revue Archeologique**, XXXV, pp. 1-143.
- CAMPS-FABRER, H. (1994): "Coquille d'ouef d'autruche," en **Encyclopédie berbère**, Peeters Publishers, Provençe, vol. 14, pp. 2093-2100.
- CARUANA CLEMENTE, I., IZQUIERDO PERALE, I. (2001): "Varia. Objetos diversos hallados en las excavaciones recientes," en **Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval**, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 231-246.
- CAUBET, A. (1992): "Oeufs d'autruche," en **Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique**, editorial Brepols, Leiden, pp. 329-330.
- CONDE ESCRIBANO, M., IZQUIERDO MONTES, R., ESCACENA CARRASCO, J. L. (2005): "Dos escarabeos del santuario fenicio de Caura en su contexto histórico y arqueológico," **Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología**, 14, pp. 75-89.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (1992): "Topografía y ritual en la necrópolis gaditana," **Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología**, 1, pp. 263-292.
- COSTA, B., FERNÁNDEZ, J. H. (2003): "El rostro de la muerte: representaciones de gorgoneia en la necrópolis del Puig del Molins (Eivissa)," en **Miscelánea de Arqueología Ebusitana (II). El Puig des Molins (Eivissa): un siglo de investigaciones**, Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera, Ibiza, pp. 197-230.
- DAVIS, J. M. S. (2007): **Mammal and bird remains from iron Age and Roman periods at Castro Marim**, Instituto Portugués de Arqueología, Lisboa.
- DELGADO A., FERRER, M., GARCÍA, A., LÓPEZ, M., MARTORELL, M., SCIORTINO, G. (2013): "Arquitectura doméstica en el Cerro del Villar: usos y función del espacio en el edificio 2," en **VI Congresso Internacional do Estudos Fenícios Punicos**, Universidade de Lisboa, Lisboa, vol. I, pp. 338-343.
- FERNÁNDEZ, J. J. (1992): **Excavaciones en la necrópolis del Puig des Molins (Eivissa). Las campañas de D. Carlos Román Ferrer: 1921-1929**, Museo de Ibiza y Formentera, Ibiza, vol. II.
- GARCÍA ALFONSO, E., MARTÍNEZ ENAMORADO, V., MORGADO RODRÍGUEZ, A. (1999): **Museos arqueológicos de Andalucía (II). Almería, Granada, Jaén y Málaga**, editorial Ágora, Málaga.
- GARCÍA ALFONSO, E. (2011): "Fragmentos de huevos de avestruz," en **Cádiz y Huelva. Puertos fenicios del Atlántico**, Junta de Andalucía, Madrid, pp. 258-259.
- GARCÍA GANDÍA, J. (2009): **La necrópolis orientalizante de Les Moreres (La Villa Joiosa, Alicante)**, Universidad de Alicante, Alicante.
- GARRIDO ROIZ, J. P., ORTA GARCÍA, E. M. (1978): **Excavaciones en la necrópolis de la Joya, Huelva, II (3ª, 4ª y 5ª campañas)**, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- GESTOSO SINGER, G. N. (2007): "El barco naufragado de Ulu Burun y el intercambio de bienes en el Mediterráneo oriental," **Davar Logos**, 7, 1, pp. 19-32.
- GONZÁLEZ BLANCO, A., LILLO CARPIO, P. A., MOLINA GÓMEZ, J. A. (2001-2002): "Entalle bárquida de cornalina en las ruinas de Baria (Villaricos, Almería)," en **El mundo púnico. Religión, Antropología y Cultura Material**, Universidad de Murcia, Murcia, pp. 539-544.
- GONZÁLEZ DE CANALES CERISOLA, F., SERRANO PICHARDO, L., LLOMPARTE GÓMEZ, J. (2004): **El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-700 a. C.)**, editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- GRAN AYMERICH, J. M. J. (1991): "Les matériaux d'époque phénicienne et punique," en **Malaga phénicienne et punique. Recherches franco-espagnoles 1981-1988**, CNRS, Paris, pp. 57-92.
- GUIRGUIS, M., PLA ORQUÍN, R. (2014): "Los huevos de avestruz," en **La Fonteta-2. Estudio de los materiales arqueológicos hallados en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante)**, Universidad de Alicante, Alicante, vol. II, pp. 747-790.
- HERRERA GONZÁLEZ, M. D. (1977): "El cascarón de avestruz de la sepultura nº 100 de Villaricos," **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma**, 4, pp. 49-67.
- LE MEAUX, H. (2013): "Des ivoires et des oeufs: réflexions sur l'interaction art/technologie dans le contexte orientalisant de la première moitié du 1 millénaire avant J. C. en Péninsule Ibérique," **Mélanges de la Casa de Velázquez**, 43, 1, pp. 85-110.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1991): "El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península Ibérica entre los siglos VI-III a. C.," **Studi di Egittologia e di Antichità Puniche**, 9, pp. 87-107.
- LÓPEZ PARDO, F., MEDEROS MARTÍN, A. (2008): **La factoría fenicia de la isla de Mogador y los pueblos del Atlas**, Museo Arqueológico de Tenerife, Tenerife.
- MAÑÁ DE ANGULO, J. M. (1947): "Huevos de avestruz cartagineses con decoración pintada o grabada," **Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales**, VIII, pp. 45-53.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (1996): **Las sepulturas principescas del período Orientalizante tartésico**, Universidad de Málaga, Málaga.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (2011): "Eboraria fenicia: abastecimiento, producción y comercio del marfil en el Mediterráneo occidental," **Takurunna. Anuario de estudios sobre Ronda y la Serranía**, 1, pp. 83-110.
- MARTÍN RUIZ, J. A., PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A. (2002): "La necrópolis fenicia de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga). Tercera campaña de excavaciones arqueológicas," **Anuario Arqueológico de Andalucía/1999**, Junta de Andalucía, Sevilla, vol. II, pp. 188-194.

MATA CARRIAZO, J. DE (1975): **Tartessos y El Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la Prehistoria de la Baja Andalucía**, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.

MEDEROS MARTÍN, A. (1994): **Los estados incipientes del sureste de la Península Ibérica. Repercusiones en las cuencas de los ríos Aguas, Antas y Almanzora. Almería (4500-1300 a. C. / 5300-1600 a. C.)**, Tesis Doctoral, Universidad de La Laguna, La Laguna.

MEZQUITA ORTI, A. (2016): **Ritual funerario en la necrópolis de Puig des Molins (Ibiza): la excavación de 2006**, Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 2 vols.

MOLINA FAJARDO, F., RUIZ FERNÁNDEZ, A., HUERTAS JIMÉNEZ, C. (1982): **Almuñécar en la Antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy**, Caja Provincial de Ahorros, Granada.

MOLINA FAJARDO, F., BANNOUR, A. (1997) "Resultados de la campaña de excavación en la necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy (Almuñécar, Granada)", **Anuario Arqueológico de Andalucía/1993**, Junta de Andalucía, Sevilla, vol. III, pp. 254-257.

MOSCATI, S. (1988): "Le uova di struzzo" en **I fenici**, edizione Bompiani, Milano, pp. 508-523.

OLIVA ALONSO, D., PUYA GARCÍA DE LEÁNIZ, M. (1982): "Los huevos de avestruz de los Alcores de Carmona", en **Homenaje a Conchita Fernández Chicarro**, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 95-111.

OLIVER FOIX, A. (1996): "Fauna y vegetación en los ritos culturales ibéricos", **Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castello**, 17, pp. 281-308.

OLMO LETE, G. DEL (1996): **El continuum cultural cananeo. Pervivencias en el mundo fenicio-púnico**, editorial AUSA, Barcelona.

OSUNA RUIZ, M., REMESAL RODRÍGUEZ, J. (1981): "La necrópolis de Boliche (Villaricos-Almería)", **Archivo de Prehistoria Levantina**, XVI, pp. 373-411.

PELLICER CATALÁN, M. (1963): **Excavaciones en la necrópolis púnica Laurita del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)**, Ministerio de Educación Nacional, Madrid.

PELLICER CATALÁN, M. (2007): **La necrópolis Laurita (Almuñécar, Granada) en el contexto de la colonización fenicia**, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.

PÉREZ CABRERO, A. (1913): **Arqueología ebusitana**, Barcelona.

PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A. (2012): "Contextos arqueológicos de la transición de la Malaka fenicia a la romana en los solares de calle Granada, 57-61", en **La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro occidental: identidades compartidas**, Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 361-389.

PISANO, G. (2002): "Beni di Iusso nel mondo punico. Le uova di struzzo - II", **Vicino Oriente**, 3, 2, pp. 391-401.

PISANO, G. (2006): "Osservazioni sulle uova di struzzo", en **Aeimnestos. Miscellane di Studi per Mauro Cristofoni**, Centro Di, Roma, vol. I, pp. 232-239.

POLZER, M. E. (2014): "The Bajo de la Campana Shipwreck and colonial trade in Phoenician Spain", en **Assyria to Iberia at the Dawn of the Classical Age**, The Metropolitan Museum of Art, New York, pp. 230-242 y 369-370.

POLZER, M. E., PINEDO REYES, J. (2011): "Excavation of a late seventh century B.C.E. Phoenician shipwreck", en **Institute of Nautical Archaeology. Projects and Research**, Texas University, Texas, pp. 6-17.

PONSICH, M. (1967): **Nécropoles phéniciennes de la région de Tanger**, Ministère de l'Éducation Nationale et des Beaux Arts, Rabat.

RAMÓN TORRES, J. (2007): **Excavaciones arqueológicas en el asentamiento de Sa Caleta (Ibiza)**, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.

RODERO, A., PEREA, A., CHAPA, T., PEREIRA, J., MADRIGAL, A., PÉREZ-DIE, M. C. (1996): "La necrópolis de Villaricos", **Complutum Extra** 6, 1, pp. 373-383.

ROMÁN, C. (1913): **Antigüedades ebusitanas**, Barcelona.

RUIZ CABRERO, L. A. (2004): "El huevo de avestruz: símbolos, epigrafía y contextos culturales", en SAVIO, G., **Le uova di struzzo dipinte nella cultura púnica**, Real Academia de la Historia, Madrid, pp. 111-118.

SAN NICOLÁS PEDRAZ, M. P. (1975): "Las cáscaras de huevo de avestruz fenicio-púnico en la Península Ibérica y Baleares", **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma**, 2, pp. 75-100.

SAVIO, G. (2004): **Le uova di struzzo dipinte nella cultura púnica**, Real Academia de la Historia, Madrid.

SCHUBART, H., MAASS-LINDEMANN, G. (1995): "La necrópolis de Jardín", **Cuadernos de Arqueología Mediterránea**, 1, pp. 57-213.

SIRET, L. (1906): **Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes**, Madrid.

VUILLEMOT, G. (1955): "La nécropole punique du phare dans l'île de Rachgoun (Oran)", **Lybica**, 3, 1, pp. 7-76.

VIVES I ESCUDERO, A. (1917): **Estudios de arqueología cartaginesa. La necrópolis de Ibiza**, Madrid.

Recibido: 13/4/2018

Aceptado: 14/5/2018

